

LAIA PEREARNAU

FRANCESCA
✠ ——— DE ——— ✠
BARCELONA



Laia Perearnau

Francesca de Barcelona

Traducción de Olga García Arrabal

Premio Néstor Luján de Novela Histórica 2022



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Francesca de Barcelona*

© Laia Perearnau Colomer, 2022

© por la traducción: Olga García Arrabal, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

llll institut
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Agustín Escudero

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2024

Depósito legal: B. 20.519-2023

ISBN: 978-84-233-6467-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: QP Print

Printed in Spain - Impreso en España

Un parto complicado

Barcelona, noviembre de 1382

Los gritos de su madre le ponían los pelos de punta. Algo no iba bien.

—¡No te quedes ahí plantada! —ordenó Bonanada—. Ya sabes lo que hay que hacer. ¡Espabila, por todos los santos del firmamento!

Francesca ayudó a su madre a sentarse en la silla de partos, que había situado junto al fuego para que no tuviesen frío ni ella ni el futuro bebé. La abuela iba de un lado para otro reuniendo toallas y calentando agua mientras murmuraba algún tipo de letanía. Ambas se lavaron las manos con una infusión de lino y fenogreco y se agacharon para comprobar el grado de abertura de la madre.

—Virgen santa...

—No se abre lo suficiente, solo tres dedos —concluyó Francesca.

—Tengo que andar, dejad que me mueva —dijo Eulàlia con gran esfuerzo. Sabía que la mejor manera de

estimular el parto era moverse lo máximo posible para que el niño bajase y se encajase en el canal de salida.

Caminó de un lado a otro de la estancia durante horas, parando de vez en cuando para comprobar si la abertura se ensanchaba, pero las contracciones eran cada vez más espaciadas y débiles. La obligaron a comer el caldo de gallina que les había llevado una vecina, Antònia Gasull, que iba asomando la cabeza por la barraquita de vez en cuando. También les dejó un amuleto de coral bajo la mesa de la cocina porque, según decía, no había mejor ayuda para que los niños saliesen como un rayo.

—Rompedme las aguas —pidió Eulàlia, a quien ya le flaqueaban las fuerzas, pero conservaba la determinación en la mirada.

Bonanada suspiró exasperada. Una vez rotas las aguas, el bebé no podría permanecer mucho más tiempo en la barriga, y temía estar añadiendo un problema más a un parto ya de por sí complicado, pero apenas le quedaban opciones. Sabía reconocer los síntomas de cansancio extremo que manifestaba su hija. Finalmente, cedió y la hizo sentarse en la silla. Con un hábil movimiento, introdujo un dedo en Eulàlia, pellizcó con la uña la bolsa y un líquido caliente se derramó por el suelo.

—¡Qué demonios! —exclamó la abuela contrariada.

—Son oscuras... —interpretó Eulàlia—. Madre, ¿las aguas son oscuras?

—Sí —dijo con aspereza, y chasqueó la lengua.

A pesar de ser todavía muy joven, Francesca había visto suficientes partos para saber lo que significaba aquello: el agua se había mezclado con las heces del bebé, y eso podía envenenarlo y matarlo. Un sabor amargo ascendió hasta su boca.

—Yo misma lo haré bajar, y por Dios que si no sale te lo arrancaré con mis propias manos. ¿Podrás soportarlo? —preguntó la abuela a su hija con mirada de acero.

Eulàlia asintió y se tumbó en la mesa de la cocina con la ayuda de ambas. Bonanada comenzó a masajearle con fuerza la barriga, dejándose caer encima de su hija con todo su peso y haciéndola aullar de dolor aún más.

—A ver si ahora... —dijo esperanzada Francesca. Soltó la mano de su madre para observar si había algún cambio en el canal del parto, pero se mantenía tozudamente cerrado.

La puerta se abrió y entró el padre. Una bocanada de pescado llenó la estancia.

—¿Ya? —fue su única pregunta.

—Aún no, Ramon —respondió la abuela sin ocultar la preocupación.

Ramon se sentó en un taburete a ver cómo las mujeres luchaban para lograr que su hijo naciera. A Francesca le pareció que a su padre se le llenaban los ojos de lágrimas. Nunca lo había visto llorar, ni demostrar sentimiento alguno hacia su madre. Sabía que se habían conocido después de que él huyese de Premià siendo muy joven, harto de sufrir los ataques piratas que robaban el botín a los pescadores como él. Eso, en el mejor de los casos. En el peor, los secuestraban para venderlos como esclavos. Para convertirse en ciudadano de pleno derecho de Barcelona tan solo había necesitado alquilar una barraca en la Ribera, en la calle Pou de l'Estany, y casarse con una hija del barrio, Eulàlia, a quien solo había visto una vez antes de que las familias pactasen el matrimonio entre ambos. Siempre había

pensado que sus padres se habían resignado a tener al lado una compañía incómoda, distante durante el día y obligada de noche, pero necesaria para sobrevivir en una de las zonas más pobres de la ciudad, por eso ahora se le hacía raro ver a su padre tan compungido.

Las contracciones habían vuelto con más fuerza y más seguidas a causa de las maniobras que Bonanada no dejaba de practicar en la barriga de su hija.

—No lo soporto más —sentenció el padre al fin.

El hombre se levantó y se dirigió, abrumado, a la puerta de la calle.

—¡Qué diantres! ¿Ya te vas, Ramon? —exclamó la abuela—. ¡Si un hombre no es capaz de aguantar cuatro gritos, que Dios nos proteja! —Francesca la conocía lo suficiente para saber qué era lo que en realidad había querido decir: que no sería mala idea que se despidiese de su mujer por si acaso.

Pero aquel miedo que flotaba en el aire era demasiado para él. Salió de allí en dirección a la taberna más próxima, donde estaba dispuesto a gastar lo poco que había obtenido con la venta de lo que había pescado.

—Deteneos... —susurró Eulàlia exhausta—. Deteneos... —Bonanada dejó de presionarle la barriga—. No hay nada que hacer, madre...

«Se está rindiendo», se dijo Francesca con pánico. La mirada funesta de la abuela le confirmó sus sospechas. Entonces Bonanada, en un gesto mucho más vigoroso de lo que se habría considerado normal por las horas de cansancio que llevaba a sus espaldas, agarró a Francesca del brazo y se la llevó a un aparte.

—Francesca, escúchame bien —le ordenó en el tono adusto de siempre—. Tienes que ir a buscar ayu-

da. Recuerda bien lo que voy a decirte porque la vida de tu madre puede depender de ello.

A Francesca le dio un vuelco el corazón e intentó disimular la angustia que la carcomía.

—Nada de lloriqueos. —El rostro de su abuela era más duro que nunca, parecía un capitán en plena batalla repartiendo órdenes a sus soldados—. Vas a ir a la judería y vas a buscar la casa de los Benevist. Pregunta por Sara, le cuentas lo que pasa y ella sabrá qué tiene que hacer.

Francesca no estaba segura de haber escuchado bien.

—Pero aquello está lleno de judíos... No puedo ir allí. Me pueden raptar, o matar...

—¡Pamplinas! ¡Mentiras que difunden los curas con mala fe! Malnacidos... —soltó enojada—. Corre a buscarla y no te detengas por nada.

Cambió el tono por uno que pocas veces le había escuchado, con unas grietas por donde se escapaba toda la tristeza del mundo.

—Es nuestra última esperanza.

Un grito agónico de Eulàlia la hizo partir como una exhalación hacia el barrio prohibido: el Call, la judería.

La tarde era gélida, y Francesca atravesó a toda prisa la plaza del Blat. A aquellas horas solo quedaba allí el almotacén, el funcionario que velaba por su buen funcionamiento, que, renegando, estaba apartando con el pie un gato muerto. Pasó, sin levantar la vista, frente a dos horcas situadas delante del portal de la muralla romana, de donde colgaban dos cadáveres: probablemente, ladrones. Se tapó la nariz con la capucha por el hedor a

carne podrida. Enfiló corriendo la bajada de la Prisión, donde se alzaba el tribunal del veguer, el representante del rey en la ciudad, y pasó también por delante del edificio que daba nombre a la calle, la prisión. Por fin, con el rostro encendido por la carrera, llegó ante las enormes puertas de madera del Call, cerca de la plaza de Sant Jaume, que estaban abiertas de par en par. Decían que era uno de los lugares más poblados de la ciudad, y por eso habían tenido que fundar una segunda judería más abajo, el Call Menor o de Sanahuja, donde la joven tampoco se acercaba si podía evitarlo. Su corazón latía desbocado, ya no sabía si por las prisas o por los nervios. Las historias que se contaban sobre judíos que devoraban niños y desfloraban jovencitas eran espantosas.

«Es nuestra última esperanza», recordó.

Tomó aire y entró.

Las calles eran más estrechas de lo que esperaba y el aire estaba enrarecido. Todo eran barraquitas hechas con troncos y leña. Según le dijo un chiquillo con un bonete rojo en la cabeza, aquel día celebraban la fiesta de los Tabernáculos,* para conmemorar la liberación del pueblo judío de Egipto. Los chiquillos correteaban por la calle y se escondían en las cabañas. Se adentró más aún en aquel laberinto de edificios altos y apiñados que parecía que se le fuesen a caer encima de un momento a otro. En la vía principal se detuvo frente a una carnicería en la que una mujer troceaba una pata de

* También se llama *fiesta de Sucot*. Se celebra en otoño y conmemora la cosecha, así como la partida y liberación del pueblo judío de Egipto.

cordero. Llevaba una toalla de color blanco enrollada en la cabeza, la que siempre utilizaban las judías.

—Perdone, ¿me puede indicar dónde está la casa de los Benevist?

La mujer se sobresaltó al ver a una cristiana allí.

—Está a dos portales de aquí, a mano derecha —respondió secamente, y volvió a su trabajo.

Caminó apresuradamente hasta el portal que le había dicho. Se detuvo un instante, preguntándose si se estaba metiendo en la boca del lobo y si lograría salir de allí con vida. Se persignó, rezó un padrenuestro y entró. Ante ella se abría un pequeño patio de piedra y a su derecha una escalera ascendía al piso de arriba, donde había una galería con ventanas. A medida que subía los escalones, un intenso olor a mermelada caliente se le metió por la nariz e hizo que le rugiesen las tripas; no se acordaba, pero hacía horas que no había comido ni una migaja de pan. A medio subir, un muchacho de su edad que leía bajo una de las ventanas en forma de ojiva la vio y se puso en pie de un brinco.

—¿Eres una cristiana? —preguntó mientras la escrutaba de arriba abajo. Era larguirucho y desgarrado, como si hubiese dado el estirón demasiado pronto y las partes de su cuerpo aún no hubiesen encajado—. No he visto muchas... ¿Sois todas así? —Le señaló el pelo.

—¿Vive aquí una muchacha que se llama Sara, Sara Benevist? —preguntó ella desconcertada. Tampoco estaba acostumbrada a ver chicos como aquel, con el pelo tan negro y rizado y vestido con la ropa color gris oscuro que solían llevar los judíos. Se le había acercado con curiosidad, aunque cauteloso, como si se hallase delante de una especie desconocida de animal y estuviese valorando si podía o no aproximarse sin peligro.

—¿Quién pregunta por ella?

—Bonanada, mi abuela —dijo mientras subía los últimos escalones.

—No es ninguna muchacha.

—¿Qué?

—Sara. No es ninguna muchacha. Es mi madre —dijo mientras daba una vuelta completa a su alrededor—. Está preparando buñuelos para la fiesta de hoy, la Janucá. ¿Los has probado alguna vez? Están muy buenos. —El muchacho se detuvo de repente—. ¿No crees en Jehová?

—¡Por favor, tengo prisa! —estalló ella, fuera de sí—. ¡Mi madre está pariendo!

El muchacho dio un paso atrás sorprendido por el grito. Asintió avergonzado y le indicó con un gesto que lo siguiese al interior. Al traspasar la puerta de entrada besó una pequeña caja que había en la jamba de madera y que Francesca nunca había visto en ninguna casa.

—Que el Señor bendiga mi salida y mi entrada ahora y siempre —susurró el muchacho—. Esta cajita se llama *mezuzá*, y dentro tiene dos versículos de la Torá —explicó orgulloso al ver la expresión de curiosidad de la joven.

El olor dulzón se iba volviendo cada vez más intenso, y Francesca comenzó a salivar.

—¿Sabes que algún día seré médico como mi padre? —prosiguió, como si hubiese olvidado las prisas de Francesca—. Iré a estudiar Medicina a la Universidad de Montpellier.

Entraron en una cocina grande con un gran hogar y una mesa larga de madera oscura, en la que descansaba un objeto que a Francesca le llamó la atención.

—Es un *januquiá* —explicó él—, un candelabro de

nueve velas para celebrar la victoria de los macabeos sobre el rey Antíoco. ¿Sabes la historia? No, supongo que no. Resulta que la llama de la única lámpara de aceite que había en el templo durante la batalla estuvo encendida nueve días en lugar de uno, y ese milagro...

—Astruc, deja de atosigar a esta pobre chica con tus historias.

Se había dirigido a él una de las dos mujeres, que se habían quedado mirando a la muchacha como si fuese un bicho raro. Iban cubiertas de la harina con la que estaban amasando unos pastelillos. Aquel penetrante aroma a mermelada de moras provenía de la olla que borboteaba al fuego.

—¿Quién eres, cristiana? —le preguntó mientras se secaba las manos con un paño.

—Me llamo Francesca y me envía Bonanada. Mi madre... —Sin poder evitarlo, las lágrimas brotaron de sus ojos y la cabeza comenzó a darle vueltas.

Inmediatamente, la mujer que había hablado se puso de pie y se arrancó el delantal de un tirón. Estaba tan delgada que parecía que una ráfaga de viento pudiese llevársela.

—Si no ha venido ella es que la cosa debe de ser grave —dijo mientras cogía un hatillo y lo llenaba de utensilios que Francesca no supo identificar—. Toma, come un poco, tienes cara de estar hambrienta.

La muchacha obedeció y engulló un buñuelo frito con tanta fruición que Sara no pudo evitar una sonrisa y le ofreció más. Luego se dirigió a su hijo Astruc y le dijo que volvería tarde, que no la esperasen. Al salir de la casa, Francesca la siguió al trote por la maraña de calles hasta detenerse ante un pequeño portal.

—¡Reginó! ¡Asómate!

Por la ventana de encima apareció una mujer regordeta.

—¿Qué pasa? —preguntó risueña.

—Bonanada nos necesita. ¡Avisa a Coloma, deprisa! —La que respondía al nombre de Reginó mudó el semblante y desapareció de la ventana.

Mientras se dirigían apresuradamente al barrio de la Ribera, Francesca le daba vueltas a un pensamiento: si aquellas mujeres habían acudido en su ayuda sin dudarle, quizá después de todo los judíos no fueran tan despiadados como siempre le habían hecho creer.

Cuando llegaron a la barraca del Pou de l'Estany, Eulàlia tenía la cara blanca como la cera y dos sombras oscuras debajo de los ojos. Las mujeres intercambiaron frases cortas y graves con Bonanada, que las puso al corriente de la situación. Reginó se despojó de su capa y descubrió su cuerpo rollizo. Miró entre las piernas de la parturienta mientras se embadurnaba con infusión de aceite de fenogreco. A continuación, metió la mano en el canal del parto y estuvo un rato hurgando dentro con la mirada clavada en la pared.

—Mira tú, Coloma, pero yo diría que las secundinas están bajas.

Coloma, que debía de tener la edad de la abuela y era esbelta y de gestos elegantes, repitió la misma operación, y al cabo de unos instantes dibujó una mueca.

—Sí, la placenta tapa la salida. —Y con voz suave se dirigió a Eulàlia, que apenas podía hablar—. Escúchame bien, querida, ya sabes lo que pasa cuando la placenta no está en su sitio... Tienes que decirnos qué prefieres.

—¡No! —gritó Bonanada con los labios trémulos—. Aún no...

—Sabes que no se puede hacer nada —trató de calmarla Sara mientras la agarraba del hombro.

—¿Qué pasa, abuela? —preguntó Francesca con la boca seca como el esparto.

Nadie se atrevía a decir nada, y aquel silencio la quemaba por dentro.

—¡Quiero saber qué pasa! —exigió, sorprendida por su osadía. Le habían enseñado que no se hablaba así a los adultos.

Bonanada inclinó la cabeza, en una leve señal de asentimiento a Reginó.

—Tu madre tiene que elegir entre ella y la criatura —le explicó con dolor—. Con suerte, una de las dos podrá salvarse.

Francesca tragó saliva y notó que el cuerpo se le helaba.

—La criatura... Salvadla... —murmuró Eulàlia.

Las mujeres se miraron durante un instante que pareció eterno. Corrían historias cargadas de superstición que hablaban de niños nacidos por cesárea, pero todas sabían que abrir la barriga significaba forzosamente la muerte de la madre. Sara sacó del fardo un tarrito de vidrio con jugo de mandrágora, adormidera, hojas de hiedra y beleño como para tumbar a un buey. A continuación impregnó una esponja con los líquidos, pero antes de ponérsela a Eulàlia bajo la nariz, esta levantó la mano y señaló a su hija.

—Qué, madre, dime —dijo la chiquilla con temblor en la voz.

—No los escuches como hice yo, Francesca... —dijo enigmáticamente. Y con un último esfuerzo, añadió—:

Tú siempre dices que quieres curar. Pues que nada te detenga, hija mía... Nada...

Agarró su mano y puso en ella una crucecita de madera muy desgastada por el tiempo que Francesca apretó contra su pecho. Luego todo sucedió muy deprisa: Sara colocó la esponja bajo la nariz de la madre con una sonrisa benévola, Eulàlia asintió en señal de despedida y de inmediato perdió el sentido. A continuación, Coloma le puso un pie encima de la barriga, apretando con tanta fuerza que Francesca tuvo que apartar la mirada, mientras Reginó intentaba arrancar las secundinas con las uñas. Un torrente de sangre comenzó a manchar de rojo la sábana.

—¡Deprisa, toallas! —gritó Reginó.

Las rasgó con los dientes y metió los jirones en la vagina de Eulàlia. Estaba blanca como la leche. Bonanada rezaba arrodillada. Sara comprobaba el pulso. Negó con la cabeza. Se acabó, la vida de su madre se había apagado. La abuela dejó escapar un quejido entrecortado.

—Cesárea, deprisa —ordenó Reginó, cubierta de sangre, pero resuelta a no dejar marchar también al bebé.

Coloma le alargó una lanceta pequeña y muy afilada y Reginó se puso a horcajadas sobre el cuerpo aún caliente de la madre. Con destreza, le clavó la punta bajo el ombligo. Francesca jamás había visto una operación igual, y, pese a la profunda tristeza que la invadía, no podía apartar los ojos de las manos de la comadrona. La judía trazó una línea recta hasta el pubis y fue cortando la piel capa por capa para no herir al bebé. Había llegado al útero. Con un gesto ágil, metió la mano y extrajo a la criatura por los pies. Un niño de color morado. Le

dio unos cuantos azotes en el culo. Silencio. Unos instantes de pánico. De pronto, el llanto. Coloma le cortó el cordón umbilical y se lo ató con un trozo de lana para que cicatrizase bien. Su hermano acababa de llegar al mundo.

La abuela cosía el vientre de su madre con la misma delicadeza con que lo habría hecho con una persona viva mientras le susurraba palabras hilvanadas con una letanía monótona. Francesca clavó la mirada en aquel ser tan pequeño y lleno de vida, ajeno al dolor que ocupaba cada rincón de la estancia. Y en aquel momento se hizo una promesa. Dios le había entregado unas manos y unos ojos para poder curar, y los iba a utilizar. Sería médico, aunque sabía que había un pequeño problema para lograr su objetivo: a las mujeres no se les permitía serlo.

Las campanas de Santa Maria tocaban a muertos desde primera hora de la mañana y una niebla húmeda y fría se había instalado en el barrio. Los vecinos aguardaban fuera de la barraquita de la calle del Pou de l'Estany; los hombres con gramallas y bonetes azules y las mujeres con mantos y capas moradas en señal de duelo. Los entierros siempre se vivían con gran solemnidad, eran uno de los escasos acontecimientos en que todo el mundo salía a la calle y la vida de la Ribera se paralizaba. Llevaban el féretro cuatro pescadores amigos de la familia, y lo rodeaban seis vecinos más con velas encendidas. Detrás desfilaba el monaguillo con la cruz, seguido en primer lugar por Ramon, Francesca —que llevaba al recién na-

cido, a quien habían llamado Pere, en brazos— y Bonanada, que llevaba de la mano a los dos hermanos pequeños: Joan, de ocho años, y Anna, de cuatro. Todos vestían de negro de la cabeza a los pies. La procesión se dirigía al camposanto de Santa Maria del Mar avanzando entre los vecinos, que sostenían antorchas y velas prendidas. El ataúd estaba abierto. Algunas miradas furtivas se detenían por un instante en el cadáver blanquecino de Eulàlia, que iba envuelto en la mortaja. Los Gasull, los Rotlan, la familia del apotecario Francesc de Camp, los Jordà, frailes, marineros, mozos, porteadores y, sobre todo, pescadores conformaban la multitud silenciosa, que marchaba solemnemente detrás de la difunta.

Francesca apenas apartaba los ojos de su hermano Pere. Acababa de ser amamantado por una vecina a la que pagaban con remedios y pociones para toda la familia cuando los necesitaba. Los únicos que lloraban eran Joan y la pequeña Anna, pero a ella se le habían secado las lágrimas. «Ya lloraré cuando pueda descansar», se decía. Ramon atufaba a alcohol y las arrugas que le surcaban el rostro se habían vuelto más profundas. Su carácter huraño se había agriado aún más, caminaba cabizbajo, esquivando las miradas de compasión de la gente, que se descubría a su paso. Quizá viendo la pena reflejada en sus rostros se le haría más evidente que apenas sentía nada por aquella mujer muerta que yacía en el ataúd, que era un solitario que no veía el momento de largarse a la taberna y que lo dejasen en paz. Durante toda la procesión, los amigos del alma de Francesca, Martí y Blanca, la seguían de cerca sin quitarle la vista de encima. Era un modo de decirle que no la dejarían sola en aquellos momentos tan duros.

Finalmente llegaron al camposanto, donde ya habían excavado un agujero en el suelo. No había sido fácil encontrar un buen sitio; con las mortandades por la peste de los últimos años, los cementerios estaban al límite. Mientras el rector decía la misa de difuntos, Francesca observó a tres mujeres alejadas de la multitud, a las puertas de la iglesia, que aún estaba en construcción y tenía andamios en todas las paredes: eran Sara, Reginó y Coloma, las judías gracias a las cuales su hermano estaba vivo. Le habría gustado pedirles que se uniesen a ellos, agradecerles todo lo que habían hecho, pero sabía que entre sus dos mundos se alzaba una barrera invisible. Una vez finalizada la ceremonia, dos pescadores cerraron la caja de madera y, con unas cuerdas, la introdujeron en el hoyo.

Poco a poco, la gente se fue dispersando y ellos volvieron a la barraca. Si hubiesen tenido dinero, habrían vestido el cadáver con paños de púrpura o de oro, habrían alquilado a pobres para llevar el féretro para que el funeral hubiese sido más vistoso y, después del entierro, se habrían reunido a comer en la calle con amigos y familiares; era la costumbre. Pero los Estrany eran pobres, de modo que tomaron una cena frugal a base de pescado frito y se fueron a dormir con la sensación de que su futuro era más incierto que nunca.